

AMEMOS A MARÍA

I. ¿QUIÉN ES MARÍA?

María es una hija de Adán y Eva, pero tan distinta de todas las demás, que se puede decir que Ella es hija de Adán y Eva inocentes, no pecadores; en cuanto que la mancha del pecado que sin ninguna excepción contaminó a todas las demás, no alcanzó en lo más mínimo a afectar a María. Ella es hija de Adán y Eva como si Adán y Eva hubiesen conservado la primitiva integridad.

Cuando María fue concebida, sucedió un milagro grande y hermoso, como si una zarza produjera un lirio. Podríamos decir que la inocencia brotó de la culpa. Este milagro tan grande y hermoso fue obra singular y única de la Divina Bondad. Entre todas las creaturas humanas no hubo ni habrá otra que tenga privilegio semejante.

A una concepción, a un inicio de vida tan espléndido e inmaculado siguió luego en María una vivencia tan pura, una inocencia tan íntegra y constante, que hasta los ojos de Dios no encontraron en Ella jamás ni la mancha más pequeña, ni siquiera la menor imperfección de obra o de pensamiento. Desde el inicio hasta el término de su vida, para Ella serían esas palabras del Señor: “Tú eres mi paloma, mi perfecta, tú eres la Inmaculada”.

Si una inocencia, pureza y candor tan incomparables merecen amor, AMEMOS A MARÍA.

María no es solamente la privilegiada entre las hijas de Adán. Es también la privilegiada entre las hijas de Dios, como que en Ella derramo tantas gracias, que todas las gracias distribuidas entre todas las demás creaturas de la tierra nunca las superarán; abundancia de gracias como era conveniente para María, que iba a ser Reina de los Ángeles, la Reina de los Santos, la gran Madre de Dios.

Todo el bien que la infinita Divina Bondad ha derramado en todas las obras de la Creación, no alcanza a igualar el bien que depositó en María. Así que su inocencia, pureza y candor incomparables están unidos a tal riqueza de bienes y virtudes, que no solo es la más hermosa y la más buena entre las obras de la mano de Dios, sino que supera tanto a las demás en belleza y bondad, que no hay parangón posible entre aquellas y María. Es tan grande su belleza y bondad, que ninguna inteligencia de hombres o de ángeles alcanza a comprenderlas, y que solamente comprende en su plenitud su Autor y Dador, el Dios Altísimo.

Escuchemos la voz de la Santa Iglesia, que habla así en la persona del Sumo Pontífice, Padre y Maestro de todos los fieles, el Santo Padre Pío IX: “Dios inefable, cuyos caminos son misericordia y verdad, cuya voluntad es todopoderosa,... desde el inicio y antes de los siglos, eligió y preparó para su Hijo unigénito una Madre, de quién encarnándose naciera en la feliz plenitud de los tiempos, y tanto la amó, que en Ella sobre todo ser creado tuvo complacencia.

Por este motivo, tan admirablemente la enriqueció por encima de todos los Espíritus angelicales y de todos los Santos, de tal abundancia de gracias celestiales sacadas del tesoro de la divinidad; que Ella, exenta siempre de toda mancha de culpa y toda hermosa y perfecta, tuvo tal plenitud de inocencia y santidad, de la cual no puede

pensarse una plenitud mayor fuera de Dios, y nadie fuera de Dios puede abarcarla con el pensamiento”. (Bula de la definición dogmática de la Inmaculada Concepción)

Si pues una belleza y bondad que superan toda belleza y bondad creada merecen amor, AMEMOS A MARÍA.

II. DIOS AMA A MARÍA

Por lo que acabamos de decir, aparece claramente que Dios no derramó en otra creatura tantas gracias y privilegios y especiales favores como los tiene María. No cabe ninguna duda que la medida de las gracias y dones es también la medida de las gracias y dones es también la medida del amor de Dios; los da en mayor abundancia allí donde se proyecta un amor mayor. Luego Dios ama a María, y la ama más que a todas las demás creaturas, cae en consecuencia que ama Él más a Ella que a todas las demás creaturas juntas. Así lo enseñan los Santos.

Es ésta una verdad que expresaba así en un ímpetu de admiración y de amor su muy devoto el P. Pablo Segneri: “Sí suponemos algo tan imposible, que Dios tuviera que perder o solamente a la Santísima Virgen o a todos los demás Santos y Ángeles del Cielo, ¿que haría el Señor? Apretaría contra su corazón a la Virgen, y dejaría que se perdiera el Paraíso de una vez” (Prédica de la devoción a María Santísima)

¿Tanto ama Dios a María? Pues AMEMOS A MARÍA.

III. EL CIELO AMA A MARÍA

Cuando digo que el Cielo ama a María, quiero hablar del amor que hacia María tienen los Ángeles y los Santos. Ellos contemplan cara a cara a María, y ven en Ella tan extraordinaria belleza, que en comparación todo lo hermoso con que Dios adorna su Casa celestial, creado para felicidad y alegría eterna de sus elegidos, y toda la hermosura que los corona y adorna como conviene a Príncipes de su Corte, pierde su brillo y casi se apaga.

Ellos en tanto mientras contemplan el rostro de María, ven su corazón con toda claridad y encuentran allí tanta bondad, que después de la de Dios no es posible compararle ninguna. Así que después de la bondad infinita de Dios, aman con amor ardiente la incomparable belleza y bondad de María. Por eso todos los Ángeles y los Santos, arrebatados de tan grande amor, exclaman: “María, después de la gloria que nos llega por la visión de Dios, no hay para nosotros gloria como la que nos llega por contemplarte a Ti, OH María. María después del amor que nos enciende para con Dios, no hay amor más grande del que arde en nuestro corazón hacia Ti, ¡Oh María!”.

Si pues los Ángeles y los Santos aman tanto a María, amemos, AMEMOS A MARÍA.

IV. PRECIOSA DULZURA DEL AMOR A MARÍA

Por lo que dijimos, resalta con claridad que, después del amor de Dios no puede existir amor más justo, más bello, más santo, que el amor de María. Lo que significa que el amor de María es el más precioso. Eso debe decirse del amor de María considerado en sí mismo. ¿Qué decir luego del amor de María considerado en sus efectos? ¡Cuán precioso debe ser el amor de María en ese aspecto! Ella, a semejanza

de Dios, ama a quien la ama, y ama más a quien la ama más. En consecuencia, ¿será posible que no deriven grandes beneficios a quienes amándola son amados, y amando mucho, son muy amados por la Reina de cielo y tierra, por la Tesorera y Dispensadora de todas las gracias, por la Madre de Dios? Dichoso el que ama a María, más dichoso quien más la ama a María.

Frutos maravillosos le provendrán del amor de María. Precioso le resultará el amor de María. Si María nos ama, ¿cómo podrá faltarnos algún bien? ¿Puede ser que nos falte alguno de los bienes deseables? Amemos pues y amemos mucho a María.

Dulce es además el amor de María. La dulzura del amor no se prueba con argumentos y razones, se experimenta con el gusto interior. Habladme vosotros, amantes de María, de la dulzura de su amor. Pero, ¿es que podéis expresar esa dulzura? La gustáis, disfrutáis de ella, tenéis el corazón lleno de felicidad por esa dulzura, que sin embargo no podéis expresar. Cuando vuestro corazón os dice que ama a María, y sentís en él las suaves deliciosas emociones de su amor, no sólo estáis convencidos, sino muy bien seguros de la dulzura del amor de María. Decís entonces: ¡Qué dulzura amar a María! Y quisierais clamar a todo el mundo: AMEMOS, AMEMOS A MARÍA.

V. EL QUE AMA A MARÍA ABORRECE EL PECADO

El primer compromiso de la persona amante es de no causar disgustos a la persona amada. Así que quien ama a María, debe sobre todo comprometerse en no disgustar a María. Es totalmente cierto que lo único que le disgusta a ella es lo único que disgusta a Dios, o sea el pecado. Y como a Dios sobremanera le disgusta, también muchísimo le disgusta a María. Por tanto, si nos guardamos en lo posible limpios y ajenos al pecado, eliminaremos de nuestro ser todo lo que disgusta a María. Ciertamente, para guardarnos limpios y ajenos al pecado es necesario odiar el pecado. Quien no aborrece el pecado, no puede vivir libre del mismo: ya que debido a nuestra tan fuerte inclinación al pecado, solamente el odio y un odio muy fuerte al pecado, puede librnos de caer en el mismo.

Si amamos a María, odiamos pues, vehemente el pecado. Particularmente el que es más aborrecible y que por eso mismo más disgusta a María, a María Reina de las Vírgenes, la Virgen por antonomasia; ese pecado que ni debería nombrarse entre cristianos. Aborrezcamos pues el pecado para conservarnos en pureza y limpios, en lo posible, de sus manchas, particularmente de las manchas más repugnante. De esa forma podrá decirse realmente que nosotros AMAMOS A MARÍA.

VI. QUIEN AMA A MARÍA AMA LAS VIRTUDES CRISTIANAS

A la preocupación de una persona amante de no disgustar a la persona amada, corresponde por otra parte la preocupación de darle gusto. Luego, si amamos a María, debemos comprometernos de dar gusto a María. Para eso, nos preguntamos qué puede dar gusto a María. No es mucho trabajo esa búsqueda. Así como nada en el mundo realmente disgusta a María Santísima fuera de los vicios que contaminan

nuestras almas, de la misma manera nada realmente le gusta más que las virtudes que adornan y santifican nuestras almas.

Por tanto, si amamos a María, y, amándola como corresponde, deseamos gustarle, es necesario que amemos las virtudes cristianas, practicándolas lo mejor posible en nuestra vida cotidiana.

El ejercicio de las virtudes nos hará realmente agradables a María, en forma tal que se complacerá en nosotros. Será además particular su complacencia si nos verá distinguirnos en la virtud que es la estrella más brillante de las doce que coronan en el Cielo su cabeza, o sea la castidad.

Si por amor de Jesús y de Ella guardaremos castidad sin mancha y perfecta, en cuanto posible a manera de los Ángeles, la Virgen de las Vírgenes nos tendrá en cuenta no de creaturas terrenales como somos, sino que casi nos considerará como creaturas celestiales, dignas de enumerarse entre los Ángeles que acuden a las gradas de su Trono, en porfía entre ellos para besar sus plantas. Y cuando un día llegaremos allá, no seremos indignos de tan enorme felicidad. Si pues deseamos gustar a María, ejercitemos las cristianas virtudes distinguiéndonos en la santa pureza. Se dirá así que AMAMOS A MARÍA.

VII. QUIEN AMA A MARÍA, DESEA PROMOVER SU DEVOCIÓN

Hay una diferencia entre el amor santo y el amor profano. El amor profano es interesado, egoísta, por consiguiente ferozmente celoso. Quiere ser el único en amar y considera que quien pretenda amar lo que él ama, lo ofende y atropella. Eso sucede porque el amor profano no es otra cosa que desarrollo de amor propio y de la propia satisfacción. Es amor falso, dice Santa Teresa, totalmente indigno de nombre tan hermoso. El amor santo, por oposición, es amor desinteresado, caritativo, que ama a la persona no para satisfacción propia, sino por el aprecio que de ella tiene; no para recibir gusto uno, sino para darle gusto.

En consecuencia, el amor santo, lejos de pretender ser el sólo en amar, goza en ver que otros también amen lo que él ama, y considera que se brinda honor y atención a él por parte de otros que amen el objeto de su aprecio. Es por eso que, siendo santo el amor de María, los que la aman no quieren ser ellos solos en amarla, sino que desearían que toda creatura estuviese encendida de amor a María.

Incansablemente se preocupan de difundir todo lo que pueden la devoción a María entre sus parientes y conocidos. Procuran que todo el mundo conozca la hermosura y la bondad de María. Entre todos hablan de las alabanzas y eficacia de su protección. Desearían ver a todo el mundo postrado a los pies de María, admirando sus grandezas, y, confiando en su misericordia, tributarle honores. Pero sobre todo se preocupan de reunir alrededor de la Virgen a jóvenes y niños, en cuyas almas más fácilmente de siembra, más hondas echan sus raíces, con más fuerza crece y con más abundancia da sus frutos la devoción a María.

Y María se goza en ello, y tanto se goza que nada más agradable a Ella puede hacerse en el mundo. La inocencia es el primer amor de María. Todas las cosas bellas y santas son el amor del corazón de María; pero la inocencia, ciertamente es su primer amor. Muchísimo se complace María en la inocencia. Con gran gusto siembra en el terreno de la inocencia la semilla de sus gracias. Allí es donde las ve producir el ciento por uno.

Sí amamos a María, difundamos su devoción. Difundámosla entre los parientes, difundámosla entre los amigos, en nuestras tierras, en todas partes si nos es posible. Expusimos imágenes de María a la devoción pública y privada. Difundamos libros que traten de sus glorias, enseñemos a cantar sus alabanzas, tratemos que sus festividades se celebren con decoro, que se extiendan las devociones en su honor. Promovamos en fin todo lo que nos sea posible, la devoción a María.

Pero sobre todo difundamos la devoción a María en la tierna edad de la adolescencia; en la seguridad que si la devoción a María crecerá en los jóvenes junto con los años, progresarán de virtud en virtud, en una creciente bondad, abundando en las divinas bendiciones que María derrama generosamente en sus predilectos. Si así lo hacemos, tendremos nuevo consolador argumento para decir que nosotros AMAMOS A MARÍA.

VIII. QUIEN AMA A MARÍA AMA A JESÚS

Hay quienes manifiestan devoción a María: veneran sus imágenes, visitan sus Santuarios, adornan sus altares, hacen Novenas y el Mes de María, rezan oficio y Rosario, cantan sus himnos, etc. pero no aman a Jesús, siendo en realidad sus enemigos por vivir en el pecado. No son justos es sus negocios, alimentan odio contra sus adversarios, tienen su corazón lleno de impurezas, no guardan castidad ni de palabra ni de obra. Pobres, ¿qué devoción puede ser la que ellos tienen? ¿Pueden ser tan ciegos y equivocados? ¿Podrá ser tal vez que alguien ame sinceramente a una madre a cuyo hijo esté injuriando y ofendiendo? El que quiere ser enemigo de Jesús, ¿acaso podrá ser amante de María?

Que abran éstos sus ojos y se den cuenta de su error engañoso. Nunca podrán realmente amar a María, si no aman a su divino Hijo Jesús. Lo que quiere decir, si no viven en gracia y amistad con Él, si no odian y evitan el pecado mortal. Hagan por tanto ellos una santa confesión de sus pecados, limpien su pobre alma, recuperen así la gracia y el amor de Jesús, y luego podrán realmente amar a María.

Pero, ¿es que mientras tanto deberán ellos dejar toda devoción con que honran a María, y nada más hacer por Ella mientras no recuperen la gracia de Dios? Pésimo consejo sería éste. No queremos decir de ningún modo que dejen toda obra buena que estén haciendo para honrar a María; lo que queremos decir, es que a las obras buenas tan hermosas que ya están cumpliendo, agreguen lo que no sólo es útil, sino necesario, para que sus almas estén bien, y puedan ser enumerados entre los siervos fieles y los hijos amorosos de la gran Señora y Madre María.

Las prácticas devotas que ejercen para honrar a María les aprovechan de varios modos, y aunque no merezcan gracia ni gloria porque cumplidas en estado de pecado, sin embargo les aprovecharán para alcanzar misericordia. Sin duda lo más urgente e indispensable para ellos es liberarse de ese horrible estado de pecado mortal, ya que si permanecen así, aún continuando las prácticas de devoción, pueden en cualquier instante precipitar a la eterna condenación.

Si acaso tú, lector de esta obrita, estuvieses en el número de esos devotos ciegos e inconscientes, date cuenta claramente de una vez. Abre los ojos para cerciorarte que esa devoción a María no es la que pueda salvarte, ya que no va acompañada de la devoción a Jesús, que consiste en su amor y en su gracia. Hasta

que no ames a Jesús no podrá decirse jamás que tú ames realmente a María. Y ten la seguridad que a Ella mucho más le gustaría una sola AVE MARÍA rezada por ti en estado de gracia con Jesús por la limpieza del pecado, que cien rosarios y novenas y peregrinaciones y meses de María consagrados en su honra, estando en desgracia con Jesús por algún pecado mortal.

Quita pues el pecado, ama a Jesús, y pronto amarás realmente a María siendo su devoto como Ella quiere. Ahí sí que tus numerosas prácticas con que la honras, serán meritorias para ti y muy agradables a María. Sí, amemos a Jesús, solo sí amaremos verdaderamente a María.

Por otra parte, esta verdad o sea que quien ama a María ama a Jesús, es tan clara y manifiesta, que no tiene necesidad de argumentos. Quien ama a la Madre ama a su Hijo, ni puede ser de otra forma. Veamos pues más bien cual sea el medio más eficaz para conservar y aumentar en nosotros el amor de Jesús.

IX. QUIEN AMA A MARÍA RECIBE A MENUDO LA SANTA COMUNIÓN

Es una verdad que expresamente enseña el Santo Evangelio, que Jesús ha venido a este mundo para traer y difundir el fuego de su amor. Pero también es verdad evangélica que Jesús quedó con nosotros en el Santísimo Sacramento para alimentar y acrecentar cada vez más en nuestros corazones la llama de su divino amor, en el cual consiste la verdadera vida del alma. Mediante ese Santísimo Sacramento, nosotros vivimos en Jesús y Él vive en nosotros.

Así que Jesús ha venido al mundo naciendo de María para traer y hacer que arda su amor, y Jesús se queda en el mundo, casi volviendo a nacer cada día en las manos de los Sacerdotes que celebran la Santa Misa, y quedando luego día y noche en los Sagrarios, para conservar y acrecentar hasta el fin del mundo su santo amor en las almas. Hay muchos medios más para encender a las almas en el amor de Jesús: las oraciones piadosas, las lecturas espirituales, las meditaciones devotas, las mortificaciones, las obras de caridad espiritual y material. Pero no dudéis que haya medio más eficaz para eso, que la Santa Comunión, en que el corazón del hombre se pone en el más íntimo contacto de esa hoguera de santo amor que es el Corazón de Jesús, y en que, por obra del Espíritu Santo, se difunde en mayor abundancia que en los demás Sacramentos la divina caridad.

Así pues, el que quiere amar a Jesús y amarlo mucho, no tiene a mano un medio mejor que acercarse frecuentemente a la Santa Comunión. Y ya que no se puede dar testimonio mejor de amor a María que amando, y amando mucho a su hijo Jesús, no puede dudarse que quien quiera amar a María deba proponerse de recibir a menudo la Santa Comunión.

Vemos en efecto que los devotos más sinceros y más tiernos de María son los devotos del Santísimo Sacramento, los que más a menudo se acercan a la Mesa sagrada y se gozan en poder compartir aún cada día la gracia que durante nueve meses tuvo la Virgen bendita. Que si Jesús halle en ellos pureza virginal, que imite en lo posible la pureza de su inmaculada Madre, con gran deleite se quedará en esos corazones como entre flores perfumadas.

Vosotros pues, los devotos de María, y en particular los que seguís el ejemplo de santa virginidad que Ella presenta, acercaos a menudo, muy a menudo, si es posible

todos los días, a la Sagrada Comunión, con una preparación de conciencia la más esmerada que os sea posible. Creceréis así tras día en el amor de Jesús y de María. Vuestros corazones en santo ardor exultarán diciendo: Amemos a Jesús, AMEMOS A MARÍA.

X. QUIEN AMA A MARÍA ES DEVOTO DE SAN JOSÉ

San José es un Santo extraordinario. Fue elegido por Dios casi como un Ángel visible que cuidara de María, como un servidor sumamente fiel en todos los peligros y problemas de su vida diaria; más aún como verdadero esposo de Ella que era la Esposa del Espíritu Santo, Reina de los Ángeles y de los Santos. Él mereció ser designado para ser como padre de Jesús, el Hijo de María. Tuvo ya en la tierra casi como una vida celestial gozando de la compañía de la Virgen bendita y del divino Salvador. Tuvo la muerte más envidiable, asistido y reconfortado por ellos, o sea teniendo a un lado a Jesús y al otro lado a María, que se esmeraban en las más cariñosas atenciones y le dirigían palabras y miradas de Cielo. ¡Qué gran santo es San José! Alguien podría decir, ¿cuánto lo amó María? ¿Y podría un verdadero devoto de María no tener una especial devoción a San José? No es posible.

De hecho San José es el Santo más querido por las almas piadosas; y todos los devotos de María le tienen particular devoción, reconociendo que innumerables gracias derivan de esa devoción en su vida, esperando otras muy particulares en el momento de su muerte.

Tratemos pues de ser devotos de San José, celebrando sus fiestas, acudiendo a Él orando a diario a Él. Será otro argumento para decir que AMAMOS A MARÍA.

XI. ÉL QUE AMA A MARÍA REZA DEVOTAMENTE EL AVE MARÍA

Sin duda al Ave María es la oración más hermosa con que podemos alabar a María y conseguir de Ella las gracias necesarias; es la oración más frecuente en los labios de los cristianos.

Sin embargo, justamente porque se reza tan frecuentemente, tantas veces en el día, a menudo se reza con enorme distracción; se reza más con los labios que con el corazón; a veces se reza precipitadamente y omitiendo palabras. Los que aman a María no deben proceder así. Ellos considerando que el Ave María es la más bella y graciosa oración con que se honra a la Madre de Dios, deben rezarla con la mayor devoción que les sea posible; deben conocer su sentido y acompañarlo con el sentimiento de su corazón.

-“Dios te salve María” es la mejor manera de saludar a la Virgen Santísima. (Es el saludo que acostumbraban para reyes y personajes).

-“Llena eres de gracia” llena para Ella y para nosotros aún más llena, para alcanzarnos la abundancia de gracia.

-“El Señor es contigo” de manera más especial de lo que acontece con los demás santos.

-“Bendita tú eres entre todas las mujeres” ya que tuvo el honor único e incomparable de la virginidad y de la maternidad divina.

Esas palabras son del Ángel Gabriel a María en la Anunciación. Bendita entre las mujeres la saludó asimismo Santa Isabel al recibir su visita, agregando: “y bendito

es el fruto de tu vientre (Jesús)”; ya que a Jesús se dirigen todas las bendiciones de cielo y tierra, y Jesús es fuente de toda bendición que proviene de Arriba.

La Iglesia agregó las demás palabras “Santa María, Madre de Dios ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte”. Son palabras que no necesitan explicación.

Recemos pues siempre con mucha devoción tan hermosa oración, y de vez en cuando hagámoslo más despacio y con mayor atención, diciéndole antes: “María, para saludarte menos indignamente quisiera ahora rezar esta oración con el respeto y la veneración con que te saludó el Ángel Gabriel, con el cariño y la admiración con que te saludó Santa Isabel, y con la devoción y confianza con que te saludaron los santos y santas en todos los siglos con el Ave María”.

Tú que lees y estás acabando la lectura de este librito, reza así el Ave María, para pedir de corazón que todos realmente AMEMOS A MARÍA.

Virgen bendita, al acabar yo este humilde trabajo en el primer día del mes que la piedad cristiana te consagra, quiero unir los sentimientos de mi corazón a los sentimientos de todos los corazones que en este mes te alabarán, bendecirán, amarán y pedirán gracias.

En el gran número de esos sentimientos, de los cuales encontrarás muchos tan puros y merecedores de complacencia, acoge también los míos, y en consideración a esos no rehúses en tu clemencia y bondad los míos.

Bendice finalmente esta pobre obrita a fin de que realice algún bien en las almas, e inspire a los lectores que expresen algún buen deseo para mí ante tu materno corazón.

Virgen Piadosa. Dulce María
De las creaturas – la más perfecta
A Dios y a los Ángeles – la más preciada
Nuestro consuelo – Luz y Esperanza
Vida, salud – Gozo, Alegría
Tú la más pura – la inmaculada
Tú la más rica – la más hermosa
La Admirable – la más gloriosa
La más fiel – la Poderosa
La más amable – la más clemente
Acoge, ruego – el corazón
Madre querida – del amor puro
Virgen piadosa – Dulce María.

José Frassinetti (de “Reflexiones sobre el Paraíso”)

Opera Omnia, T. XIII, pág. 465.